

transfigurar todo un mundo y renovar todo un cielo, y encuentra en una esquina un Nethenim del Templo que le echa la mano y lo trae al Pretor, cierta mañana de audiencia, entre un ladrón que robara en el camino de Sichem, y otro que anduviera á cuchilladas en una riña en Emath.

En un espacio con pavimento de mosaico, frente al soho donde se alzaba el asiento curul del Pretor, estaba Jesús, de pie, con las manos en cruz y débilmente atadas por una cuerda de esparto que colgaba hasta el suelo. Un largo albornoz de lona gruesa, orlado de azul, le cubría hasta los pies, calzados con sandalias ya gastadas por los caminos del desierto y atadas con correas. No le ensangrentaba la cabeza esa corona inhumana de espinas, como yo había leído en los Evangelios: tenía un turbante blanco hecho de una larga tira de lino; un cordel lo ataba por debajo de la barba encaracolada y aguda. Los cabellos secos, pasados por detrás de las orejas, le caían en rizados por la espalda; y en el rostro flaco, quemado, bajo las cejas densas, unidas, negreaba con una profundidad infinita el resplandor de sus ojos. No se movía, fuerte y sereno, delante del Pretor. Tan sólo algún estremecimiento de las manos atadas delataba el tumulto de su corazón; y á veces respiraba largamente, como si su pecho, acostumbrado á los libres y claros aires de los montes y de los lagos de Galilea, se sofocase bajo el palio romano y la estrechez formalista de la Ley. A un lado, Sareas, miembro del Sanhedrin, que había dejado en el suelo su manto y su báculo dorado, iba desenrollando y leyendo, con adormecedora canturía, una tira oscura de pergamino. Sentado en un escabel, el Pretor romano, sofocado por el calor ya áspero del mes de Nizam, refrescaba con un abanico de secas hojas de hiedra la faz rasurada y blanca; un escriba viejo, en una mesa de piedra llena de tabularios, afilaba minuciosamente sus cálamos; entre ambos, el intérprete, infeliz é imberbe, sonreía con las manos en la cintura, ar-

queando el pecho, donde llevaba pintado un papagayo bermejo. En redor del toldo, volaban constantemente palomas. Fué así como yo he visto á Jesús de Galilea, preso delante del Pretor de Roma.

En tanto, Sareas, que había terminado la lectura de un pergamino, saludó á Pilatos y comenzó en griego una arenga verbosa y aduladora. Hablaba del Tetrarca de Galilea, del noble Antipas; loaba su prudencia; celebraba á su padre Herodes el Grande, restaurador del templo. Su hijo Antipas era generoso y fuerte... Pero, reconociendo su sabiduría, Sareas extrañaba que el tetrarca se negase á confirmar la sentencia del Sanhedrin que condenaba á Jesús... ¿No estaba aquella sentencia fundada en las leyes que diera el Señor? El justo Hannán había interrogado al Rabí y el Rabí habíase encerrado en un silencio ultrajante. ¿Era aquella la manera de responder al puro, al sabio, al piadoso Hannán? Por eso un celoso, sin contenerse, abofeteara el rostro del Rabí... ¿Dónde estaba el respeto de los antiguos tiempos y la veneración al pontificado?

Su voz grave y hueca resonaba bajo las arcadas. Yo, aburrido, bostezaba. Sareas después proclamó los derechos del Templo. ¿Y aquel Templo cómo lo respetaba el Rabí? Amenazando destruirlo... ¡Y la blasfemia, arrojada al Santuario, subía hasta el seno de Dios!

Bajo el toldo los Fariseos, los Escribas, los Nethenims del Templo, esclavos sórdidos, susurraban como arbustos silvestres que un viento comienza á agitar. Y Jesús permanecía inmóvil, abstraidamente indiferente, con los ojos cerrados como para abismarse mejor en un sueño continuo y hermoso. Se levantó el Asesor romano: dejó en escabel su abanico de hojas, recogió con arte el manto forense y saludó tres veces al Pretor: su mano delicada comenzó á ondular en el aire, haciendo brillar una joya.

—¿Qué dice?

—Cosas muy hábiles,—murmuró Topsius.—Es un pe-

dante, pero tiene razón. Dice que el Pretor no es judío; que nada sabe de Jehová; que no le importan los profetas que se alzan contra Jehová, y que la espada de César no venga á Dioses que no protegen á César.

Terminó el Asesor, y lánguidamente, dejóse caer en su escabel. De nuevo habló Sareas. Ahora, más retumbante, acusaba á Jesús, no de su revuelta contra Jehová y el Templo, sino de sus pretensiones como príncipe de la casa de David. Toda la gente en Jerusalem habíale visto llegar por la Puerta de Oro en falso triunfo, rodeado de palmas verdes, en medio de una multitud de galileos que gritaban:—«¡Hosanna al hijo de David! ¡Hosanna al Rey de Israel!»

—¡Es el hijo de David que viene para hacernos mejores!—gritó á lo lejos la voz de Gad, llena de persuasión y de amor.

El Pretor se dispuso á interrogar al Rabí. Yo, temblando, vi como un legionario empujaba á Jesús, que alzó la faz. Inclinandose levemente hacia el Rabí, con las manos abiertas que parecían soltar, dejar caer todo el interés por aquel pleito ritual de sectarios arguciosos, Poncio murmuró aburrido é incierto:

—¿Eres tú acaso el Rey de los Judíos?... Los de tu nación te traen ante mí... ¿Qué has hecho?... ¿Dónde tienes ese reino?

El intérprete, infatuado, de pie, junto al solio de mármol, repitió muy alto las palabras del Pretor en la antigua lengua hebraica de los Libros Santos: como Rabí permanecía silencioso, las gritó en el dialecto caldeo que se usa en Galilea. Entonces Jesús dió un paso. Oí su voz. Era clara, segura, dominadora y serena:

—Mi reino no es de este mundo. Si por voluntad de mi Padre fuese yo Rey de Israel, no estaría ante tí con esta cuerda en las manos... ¡Pero mi reino no es de este mundo!

Un grito partió, desesperado:

—¡Entonces, que lo saquen de este mundo!

Y como leña seca que una chispa inflama, el furor de los Fariseos y de los servidores del Templo rompió en clamores impacientes:

—¡Crucifícale, crucifícale!

Pomposamente el intérprete decía en griego al Pretor los gritos tumultuosos lanzados en la lengua siria que habla el pueblo en Judea. Poncio golpeó con el pie sobre el mármol. Los lictores levantaron en el aire las varas que terminaban en una figura de águila: el escriba gritó en nombre de Cayo Tiberio: los brazos amenazadores se bajaron y fué como un viento de terror que soprase ante la majestad del Pueblo romano.

De nuevo habló Poncio, lento y distraído:

—¿Dices que eres rey? ¿Y qué es lo que haces aquí?

Jesús dió otro paso hacia el Pretor. Su sandalia pisó fuertemente sobre las losas, como si tomase posesión suprema de la tierra. Las palabras que salieron de sus labios secos me pareció que fulguraban vivas en el aire, como el resplandor que salió de sus ojos negros.

—He venido á este mundo para predicar la verdad. Quien desee la verdad, quien quiera pertenecer á la verdad, tendrá que oír mi voz.

Pilatós le miró un momento pensativo: después encogióse de hombros:

—¡La verdad!... ¿Y qué es la verdad?

Jesús de Nazareth enmudeció.

En el Pretorio reinó un silencio profundo, como si todos los corazones hubiesen sentido la incertidumbre. Pilatós descendió los cuatro escalones de bronce recogiendo la amplia toga; y precedido de los lictores y seguido del Asesor, penetró en Palacio, por entre el rumor de armas de los legionarios que lo saludaban batiendo el hierro de las lanzas y el bronce de los escudos.

Inmediatamente se alzó por todo el patio un áspero y ardiente susurro, como de abejas irritadas. Sareas peroraba, blandiendo el báculo entre los fariseos que juntaban las manos con terror.

Otros, alejados, murmuraban sordamente. Un viejo, dejando suelto su manto que volaba, corría por entre los vendedores de panes ácidos gritando:

—¡Israel está perdido!

Gad surgió ante nosotros alzando los brazos triunfantes:

—El Pretor es justo y liberta al Rabí.

Con la faz resplandeciente, nos revelaba la dulzura de su esperanza. El Rabí, apenas fuese suelto, dejaría Jerusalem donde las piedras eran menos duras que los corazones. En Bethania le esperaban sus amigos armados: al romper la luna, partirían para el oasis de Engaddi. Allí estaban aquellos que le amaban. ¿No era Jesús hermano de los Ésenios? Como ellos, el Rabí predicaba el desprecio de los bienes terrenos, la ternura por los que son pobres y la incomparable belleza del Reino de Dios.

Yo, crédulo, me regocijaba, cuando un tumulto invadió la galería. Era el bando negro de los Fariseos. Dirigióse hacia el lugar donde el Rabí Robam conversaba con Manasés, envolviendo dulcemente en los dedos los cabellos del niño, más dorados que los maíces. Sareas, con la firmeza de quien intima, empezó á decir:

—Rabí Robam, es necesario que hables al Pretor y salves nuestra Ley.

Y luego de todos lados fué un suplicar ansioso.

—Rabí, habla al Pretor. Rabí, salva á Israel.

El Rabí se alzó majestuoso como un gran Moisés. Después, con el niño de la mano, se puso á caminar en silencio: tras él la turba producía un rumor de sandalias en las losas de mármol. Nos detuvimos junto á la puerta de cedro. Los pesados goznes rechinaron: un tribuno del pa-

lacio acudió. Nos detuvimos todos, amontonados en el umbral. En el centro de la sala fría y mal iluminada, ergulase pálidamente una estatua de Augusto. Ninguno de los judíos entró, porque pisar en día pascual un suelo pagano era cosa impura ante el Señor. Sareas anunció altivamente al Tribuno que algunos de la nación de Israel, ante la puerta del Palacio de sus padres, estaban esperando al Pretor. Luego, pasó un largo silencio lleno de ansiedad. Después, dos lictores avanzaron: tras ellos, caminando á pasos largos, con la amplia toga recogida sobre el pecho, apareció Pilatos.

Todos los turbantes se inclinaron, saludando al Procurador de Judea. Pilatos habíase detenido al pie de la estatua de Augusto; y como repitiendo el gesto noble de la figura de mármol, extendió la mano:

—Que la paz sea con vosotros y con vuestras palabras... Hablad.

Sareas adelantóse y declaró que sus corazones venían en verdad llenos de paz... Pero habiendo el Pretor dejado el Pretorio sin confirmar ni anular la sentencia del Sanhedrín, ellos se hallaban como el hombre que ve la uva en la viña suspendida sin secar ni madurar.

Poncio pareció penetrado de equidad y de clemencia.

—Interrogué á vuestro preso y no hallé en él culpa que deba castigar el Procurador de Judea... Antipas Herodes, que es prudente y fuerte y practica vuestra Ley y ora en vuestro Templo, también le interrogó y ninguna culpa halló en él... Ese hombre sólo dice cosas incoherentes como los que hablan en sueños.

Entonces, con un sombrío murmullo, todos retrocedieron dejando al Rabí Robam solo en el umbral de la sala romana. Lentamente, sereno, como si explicase la ley, el Rabí alzó la mano y dijo:

—¡Delegado del César, Poncio, muy justo y muy sa-

bio! El hombre que tú llamas visionario, hace años que ofende nuestras Leyes y blasfema de nuestro Dios. Pero ¿cuándo le hemos prendido nosotros, cuándo le hemos traído ante tí? Solamente cuando le hemos visto entrar en triunfo por la Puerta de Oro aclamado como Rey de Judea. Porque Judea no tiene otro rey sino Tiberio. Apenas un sedicioso se proclama contra el César, le apresamos y le castigamos. Eso hacemos nosotros que no gobernamos por el César, ni cobramos de su erario.

La faz de Pilatos se oscureció con una nube de cólera. Aquella tortuosidad de los judíos que, execrando á Roma, pregonaban ahora un celo ruidoso por el César para poder, en nombre de su autoridad, saciar un odio sacerdotal, sublevó la rectitud del romano.

—Callad. Los procuradores de César no vienen á aprender, en una colonia bárbara del Asia, sus deberes para con César.

Manasés, que estaba á mi lado, y se tiraba impaciente de la barba, alejóse con indignación. Pero el Rabí prosiguió tan indiferente á la ira de Poncio como á los balidos de un cordero que condujese á las aras.

—Tu amo te da á guardar una viña y tu dejas que entren en ella y que la vendimien. ¿Para qué estás en Judea? ¿Para qué está la sexta legión en la torre Antonia?

Poncio, ten presente que nuestra voz es lo bastante clara y lo bastante alta para que el César la oiga.

Poncius dió un paso lento hacia la puerta; y dijo con los ojos clavados en aquellos judíos que lentamente le iban enlazando en la trama sutil de sus rencores religiosos:

—No temo vuestras intrigas. Elio Lamma es mi amigo... ¡Y César me conoce bien!

El Rabí Robám repuso, sereno y apacible como si conversase á la sombra de un verjel.

—Tú ves lo que no está en nuestros corazones, Poncio;

pero nosotros vemos bien lo que está en el tuyo. Tu quieres la destrucción de Judá.

Un estremecimiento de cólera devota pasó entre los fariseos. El Rabí Robám continuaba denunciando al Pretor con serenidad y lentitud.

—Tú quieres dejar impune al hombre que pregonó la insurrección declarándose rey en una provincia de César, para tentar, con tal impunidad, otras ambiciones más fuertes y hacer que un nuevo Judas de Gamala ataque las guarniciones de Samaria. Así preparan un pretexto para descargar sobre nosotros la espada imperial, y extinguir completamente la vida nacional de Judea. Tu quieres una revolución para ahogarla en sangre, y presentarte ante César como soldado victorioso y administrador sabio, digno de un Proconsulado ó de un gobierno en Italia. Nosotros estamos en paz con César y cumpliremos nuestro deber, condenando al hombre que se levantó contra César... ¿Tu no quieres cumplir el tuyo confirmando esta condena? ¡Bien! Mandaremos emisarios á Roma para que lleven nuestra sentencia y tu negativa. Salvando ante César nuestra responsabilidad, mostraremos á César como procede en Judea aquel que representa la ley del Imperio... Y ahora, Pretor, puedes volver al Pretorio.

Poncio frunció las cejas é inclinó la frente. César, desconfiado y siempre inquieto, tal vez sospecharía un pacto entre él y aquel Rey de los Judíos. ¡Tal vez su justicia y su orgullo en mantenerla le costasen el proconsulado de Judea! Llegó lentamente hasta el umbral de la puerta, y abriendo los brazos, conmovido por un impulso magnánimo de conciliación, comenzó á decir:

—Hace siete años que gobierno en Judea. ¿Cuando me habéis encontrado injusto ó infiel á las promesas juradas?... Ciertamente que vuestras amenazas no me conmueven... César me conoce bien... Pero, entre nosotros, para provecho de César no debe haber desacuerdos. ¡Siem-

pre os hice concesiones! Más que ningún procurador desde Coponio he respetado vuestras leyes...

Dudó un momento: después, frotándose lentamente las manos y sacudiéndolas como mojadas en un agua impura, continuó:

—¿Queréis la vida de ese visionario? ¿Qué me importa? Tomadla... ¿No os basta la flagelación? ¿Queréis la cruz? ¡Crucificad!... ¡Pero no soy yo quien derrama esa sangre!

Un Levita macilento clamó con pasión:

—Somos nosotros y que esa sangre caiga sobre nuestras cabezas.

Algunos se estremecieron: creían que todas las palabras tienen un poder sobrenatural y hacen reales las cosas pensadas.

Poncius abandonó la sala: el decurión saludando cerró la puerta de cedro. Entonces el Rabí Robám volvióse sereno, resplandeciente, como un justo: adelantando por entre los fariseos, que se inclinaban para besarle la orla de su túnica, murmuraba con grave dulzura:

—Antes sufra un hombre que un pueblo entero.

Al salir vimos un grupo de hombres rudos que llenaba el viejo atrio de Herodes. Llevaban sobre los hombros capas cortas de estameña, sucias de polvo como si hubiesen servido de tapices sobre las losas de una calle. Algunos traían balanzas en las manos y jaulas de tórtolas; las mujeres que los seguían, sórdidas y macilentas, lanzaban maldiciones contra Jesús. Otros, caminando en la punta de las sandalias, pregonaban en voz baja las cosas infimas ó ricas que llevaban ocultas entre los dobleces de sus

sayos: granos de arena tostada de arena tostada, brazaletes, corales y ungüentos. Interrogué á Topsisius; mi sabio amigo, limpiándose los anteojos, me explicó que eran los mercaderes contra quien Jesús, la víspera de Pascua, alzando su báculo, había reclamado la estrecha aplicación de la Ley que prohibía tráficos profanos en el templo, fuera de los pórticos de Salomón.

—Otra imprudencia del Rabí, don Raposo—murmuró con ironía el agudo historiador.

Mientras hablaba Topsisius reparé en un viejo flaco, que clavaba en nosotros humildemente sus ojos nublados, llenos de tristeza y de cansancio. Compadecido iba á darle una moneda de plata, de los Ptolomeos, cuando el viejo, hundiendo la mano trémula entre los harapos que apenas le cubrían el pecho velludo, me alargó con una sonrisa pedigüeña una piedra que relucía. Era un óvalo de alabastro, con la imagen del templo toscamente labrada. Mientras Topsisius la examinaba doctamente, el viejo fué sacando otras piedras semejantes. Topsisius dedujo que el viejo era uno de aquellos Guebros, adoradores del fuego y hábiles en las artes, que van descalzos hasta el Egipto para salpicar sobre la esfinge la sangre de un gallo negro.

El viejo negó horrorizado. Después, tristemente, murmuró su historia. Era un cantero de Naim que trabajara en el templo y en las construcciones que Antipas Herodes erguía en Bezetha. Los azotes de los capataces rasgaran su carne: después las enfermedades le robaron las fuerzas. Ahora, sin trabajo, con los hijos de su hija á quien alimentar, buscaba piedras raras por los montes y grababa en ellas nombres santos, sitios santos para venderlas á los fieles en el templo. Por su desgracia, en vísperas de Pascua había llegado un Rabí de Galilea, lleno de cólera, que le arrancara su pan.

—¿Entonces vendias en el Templo?—preguntó el historiador de los Herodes.

—Sí, suspiró el viejo.—Era de esa manera como mantenía á mi hija y á mis nietos. Los días de fiesta subía al Templo, ofrecía mi plegaria al Señor y delante del pórtico del Rey, al pie de la puerta de Suza, extendía mi estera y exponía mis piedras que brillaban al sol... Ciertamente no tenía derecho para poner allí mi tienda... Pero soy pobre y los que pregonan á la sombra bajo los pórticos, allí donde lo permite la ley, son mercaderes ricos que pueden pagar el lugar que ocupan: algunos pagan un siclo de oro. Yo no podía, con los nietos en casa, sin pan... Por eso quedaba á un lado, fuera del pórtico, en el peor sitio. Allí me estaba encogido y silencioso sin quejarme siquiera, cuando algunos hombres fuertes me empujaban ó me daban con los bastones en la cabeza. A mi lado había otros tan pobres como yo: Eboim de Joppé, que ofrecía un aceite para hacer crecer el cabello, y Oseas de Ramah, que vendía flautas de barro. Los soldados de la torre Antonia que hacen la ronda, pasaban á nuestro lado como si no nos viesan. Hasta Menahem, que estaba casi siempre de guardia por la Pascua, nos decía:

—Os dejo estar ahí, con tal que no pregonéis alto.

Todos sabían que éramos pobres y que no podíamos pagar al Templo un lugar donde la ley autoriza las ventas. Mas he ahí que hace días ese Rabí de Galilea apareció en el Templo. Lleno de palabras de cólera, alzó el bastón sobre nosotros, clamando que aquella era la casa de su padre y que nosotros la manchábamos... Dispersó todas mis piedras, que nunca más volví á ver y que eran mi pan. Rompió en las losas los vasos de aceite de Eboim de Joppé, que, asustado, ni siquiera osaba gritar. Tuvi- mos que huir, entre los insultos de los mercaderes ricos, que habían pagado y batían palmas al Rabí. ¡Ah, contra aquellos el Rabí no podía decir nada! Eran ricos y habían pagado... ¡Yo ahora aquí ando! Mi hija, viuda y enferma, no puede trabajar, acurrucada en un rincón, entre hara-

pos; los hijos de mi hija son pequeños, tienen hambre, miran hacia mí; pero me ven tan triste que no lloran.

Calló y sus manos flacas temblaban, limpiando las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Me golpeé el pecho desesperado. Toda mi angustia era por ignorar Jesús aquella desgracia, que, en la violencia de su espiritualismo, habían creado sus manos misericordiosas, como la lluvia benéfica que hace crecer los sembrados, mata á veces una flor aislada. Entonces, para que no hubiese nada imperfecto en la vida de Jesús, ni quedase aquella queja en la tierra, pagué su deuda (así su Padre me perdona la mía) echando sobre el sayal del viejo dracmas, crysos griegos de Filipos, áureos romanos de Augusto, hasta una gruesa pieza cirenaica que yo estimaba por tener una cabeza de Zeus Amnón que parecía mi imagen. Topsisus juntó á este tesoro una leptá de cobre, que tiene en Judea el valor de un grano de maíz. El viejo cantero de Naim, con el dinero en un doblez de su sayo, bien apretado contra el pecho, murmuró tímida y religiosamente alzando los ojos todavía húmedos:

—¡Padre que estás en los cielos, acuérdate de la faz de este hombre, que me dió el pan de largos días!

Y sollozando perdióse entre la turba.

Entre un brillo de armas, surgieron nuevamente las varas blancas de los lictores. Poncio, pálido y pesado, volvió á ocupar el asiento Curul. Reinó un silencio tan profundo, que se oyeron las bocinas que tocaban á lo lejos en la torre Mariana. Poncio Pilatos, con una dignidad indolente, alzando levemente el brazo desnudo, confirmó en

nombre de César la sentencia del Sanhedrín que juzgaba en Jerusalem...

Los fariseos triunfaban. Junto á nosotros, dos muy viejos se besaban en silencio las barbas blancas; otros agitaban en el aire los bastones, ó lanzaban sarcásticamente la exclamación forense de los romanos: «*Bene et belle! Non potest melius!*»

Pero de pronto el intérprete apareció encima de un escabel, ostentando sobre el pecho su papagayo flamante. La turba enmudeció sorprendida. El fenicio, después de haber consultado con el escriba, sonrió y gritó en caldeo alzando los brazos cargados de pulseras de coral:

—¡Escuchad! En esta vuestra fiesta de Pascua, el Pretor de Jerusalem acostumbra, desde que Valerio Grato así lo determinó, con el beneplácito de César, perdonar á un criminal... El Pretor os propone el perdón del Rabí... ¡Escuchad todavía! Vosotros tenéis también el derecho de escoger entre los condenados. El Pretor tiene en su poder, en los calabozos de Herodes, otro sentenciado á muerte...

Dudó y de nuevo consultó con el escriba. Luego, volviéndose á la multitud, gritó con la faz risueña:

—Uno de los condenados es el Rabí Jeschoua que aquí tenéis y que se dice hijo de David... Ese es el que propone el Pretor... El otro, endurecido en el mal, fué preso por haber dado muerte traidoramente á un legionario en una riña cerca de Xistus. Su nombre es Bar-Abbás. ¡Escoged!

Un grito brusco y enronquecido partió de entre los fariseos:

—¡Bar-Abbás!

Y después por el atrio, confusamente, fué resonando el nombre de Bar-Abbás. Y un esclavo del templo, de sayal amarillo, llegando hasta las gradas del solio, rompió á gritar enfrente de Poncio:

—¡Bar-Abbás! ¡Oye bien! ¡Oye bien! ¡Bar-Abbás! ¡El pueblo sólo quiere á Bar-Abbás!

El cuento de una lanza le hizo rodar por las losas. Pero ya toda la gente gritaba:

—¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás!

Casi nadie conocía allí á Bar-Abbás. Muchos, ciertamente, tampoco odiaban al Rabí; sin embargo engrosaban el tumulto porque sentían, en aquella reclamación del preso que atacara á los legionarios, un ultraje al Pretor romano, togado y augusto en su tribunal. Poncio, entre tanto, indiferente al vocerío de aquella turba, escribía en una gran hoja de pergamino posada sobre sus rodillas. En torno los clamores ya disciplinados resonaban en cadencia como mazos en una era:

—¡Bar-Abbás! ¡Bar Abbás! ¡Bar Abbás!

Entonces Jesús lentamente volviéndose hacia aquel populacho duro y revoltoso que le condenaba: en sus ojos refulgentes y húmedos, en el fugitivo temblor de sus labios, sólo apareció en aquel momento una tristeza misericordiosa por la inconsciencia de aquellos que así empujaban hacia la muerte al mejor amigo de los hombres.. Con las manos atadas limpióse una gota de sudor: después quedó ante el Pretor, mudo é inmóvil, como si ya no perteneciese á este mundo.

El escriba, batiendo con una regla de hierro en la mesa de piedra, impuso silencio tres veces en nombre de César. El tumulto ardiente agonizaba. Poncio se levantó: sereno, sin demostrar impaciencia ni cólera, elevó la mano pronunciando el mandato final:

—¡Id, y crucificadlo!

Descendió del estrado; la turba batía ferozmente las palmas. Ocho soldados de la cohorte siríaca aparecieron, apretados en marcha, con los escudos revestidos de lona. Sareas, miembro del Sanhedrín, tocando en el hombro á Jesús, se lo entregó al decurión; un soldado le aflojó las

cuerdas, otro le estiró el albornoz de lana; yo ví al dulce Rabí de Galilea dar su primer paso hacia la puerta.

Apresurados, liando un cigarro, dejamos el palacio de Herodes. Salimos á una calle sombreada por el muro de un jardín plantado de cipreses. Dos dromedarios, echados en el polvo, rumiaban sobre un haz de hierba. El alto historiador tomaba ya el camino del Templo, cuando, bajo las ruinas de un arco cubierto de hiedra, vimos que alguna gente se agrupaba en torno de un esenio, cuyas mangas de albo lino batían el aire como alas de un pájaro irritado. Era Gad, ronco de indignación, clamando contra un hombre de barba rala y rubia, con grandes aretes de oro en las orejas: el hombre temblaba balbuciente:

—¡No fui yo! ¡No fui yo!

—¡Fuiste tú!—gritaba el esenio, golpeando con la sandalia en tierra.—¡Te conozco bien! ¡Tu madre es cardadora en Cafarnaum, y maldita sea por la leche que te dió!

El hombre retrocedía, bajando la cabeza como un animal acorralado.

—No fui yo. Yo soy Refraim, hijo de Eliesar, de Ramah. Siempre me han conocido todos sano y fuerte como la palmera nueva.

—Todo es inútil. Eras torcido, como sarmiento viejo de vid. ¡Perro, hijo de perro! Te he visto bien. Fué en Cafarnaum, en la calle donde está la fuente, al pie de la Sinagoga, donde te apareciste á Jesús, Rabí de Nazareth. Le besabas las sandalias y decías: «¡Rabí, cúrame, Rabí, mira esta mano que no puede trabajar!» Y le mostrabas esa mano, la derecha, seca, esmirriada y negra. Era el Sabbhat; estaban los tres jefes de la Sinagoga, y Elzear y Simeón. Todos miraban á Jesús para ver si osaría curar en el día del Señor... Tú llorabas de hinojos en el suelo. ¿Y por acaso te rechazó el Rabí? ¿Te mandó buscar la raíz del baraz? ¡Ah, perro, hijo de perro! El Rabí, indiferente á las acusaciones de la Sinagoga y sólo escuchando á su mi-

sericordia, te dijo: «¡Extiende la mano.» ¡Tocó en ella y reverdeció como la planta regada por el rocío del cielo! Estaba sana, fuerte, firme; y tú movías, ora un dedo, ora otro, espantado y temblando.

Un murmullo de arrobo corrió entre la multitud maravillada por el dulce milagro, y el esenio exclamó con los brazos trémulos en el aire:

—¡Así fué la caridad del Rabí! Y tú pudiste correr por el camino fortalecido y ágil, gritando para el lado de tu casa: «¡Oh, madre, oh, madre, estoy curado!» ¡Y fuiste tú, perro, hijo de perro, quien hace pœo, en el Pretorio, pedías la cruz para el Rabí y gritabas por Bar-Abbás! No lo niegues, boca inmundada...

Algunos, escandalizados, gritaban:

—¡Maldito! ¡Maldito!

Un viejo, con justiciera gravedad, cogió dos gruesas piedras. El hombre de Cafarnaum, encogido y amedrentado, todavía rumió sordamente:

—¡No fui yo! ¡No fui yo!... Yo soy de Ramah.

Gad, furioso, le asió de las barbas:

—En ese brazo, cuando te arremangaste delante del Rabí, todos vieron dos cicatrices curvas, como dos golpes de hoz... ¡Y ahora vas á mostrarlas, perro, hijo de perro!

Le despedazó la manga de la túnica nueva; y arrastrándole en derredor, mostraba á las gentes las dos cicatrices lívidas en el vello rubio. Después, le hizo caer despreciativamente sobre la multitud, que levantando una polvareda á lo largo del camino, persiguió al hombre de Cafarnaum á pedradas.

Nos acercamos á Gad, sonriendo, alabando su fidelidad á Jesús. El, más calmado, había extendido sus manos á un vendedor de agua, que las purificaba con un largo chorro de un odre felpudo. Después, limpiándolas en la toalla de lino que le pendía del cinto, nos habló en secreto:

—¡Escuchad! José de Ramatha reclamó el cuerpo del



Rabí y el Pretor se lo concedió... Esperadme á la nona hora romana en el patio de Gamaliel... ¿A dónde vais?

Topsius confesó que íbamos al Templo por motivos intelectuales de arte, de arqueología.

—¡Vano es aquel que admira piedras!—murmuró el al-tivo idealista.

Y echándose el capuz sobre la faz, se alejó entre las bendiciones del pueblo que cree y ama á los Esenios.

Para llegar hasta el Templo, como quiera que la caminata á través del Tiropeo y la fuente de Xistus era larga, tomamos dos [literas, de las que un liberto de Poncio ofrecía últimamente, junto al Pretorio, á la moda de Roma.

Cansado, me estiré con las manos bajo la nuca en el colchón de hojas secas. Lentamente comenzó á invadirme el alma una inquietud extraña, que ya en el Pretorio me rozara levemente como el ala asustada de un ave agorera. ¿Iba yo á quedar para siempre en aquella ciudad fuerte de los judíos? ¿Había perdido irremediamente mi individualidad de Raposo, de católico y de doctor para tornarme un hombre de la antigüedad clásica, contemporáneo de Tiberio? ¿Y dado aquel mirífico retroceso en los tiempos, si volviese á mi patria, qué encontraría en ella?...

Ciertamente encontraría una colonia romana: en la falda de la colina más fresca una casa de piedra habitada por el Procónsul; al lado, un templo pequeño de Apolo ó de Marte; y en lo alto, un campo atrincherado de legionarios; en rededor la villa lusitana, diseminada, con sus caminos agrestes, sus cabañas de piedra sin argamasa y cobertizos para recoger el ganado. ¿Si así encontraba mi

patria, que haría allí? ¿Sería pastor en los montes? ¿Barrería el pórtico del templo? ¿Partiría leña para las cohortes, por ganar un salario romano?.. ¡Miseria incomparable!

Así me inquietaba cuando la litera paró. Descorrí las cortinas y ví ante mí los grandes sillares de la muralla del Templo. Penetrámos bajo la bóveda de la puerta de Huldah. En el deslumbramiento que me produjo el Templo, me agarré al brazo esquelético del historiador de los Herodes. El oro y la nieve de los mármoles parecían vibrar en el aire tibio. Los amplios patios que por la mañana había visto desiertos, con un pavimento reíuciente como el agua quieta de un lago, desaparecían ahora bajo la multitud engalanada y festiva. Los aromas mareaban, acres, emanados de las telas teñidas, de las resinas aromáticas, de las gorduras de la carne chirriando en las brasas. Sobre el denso ruido, pasaban broncos mugidos de bueyes. Constantemente los humos votivos se unían en la refulgencia del cielo...

—¡Caramba!—murmuré asombrado.—¡Aquí hay lujo!

Fuímos penetrando bajo los Pórticos de Salomón donde resonaba el profano tumulto de un mercado. Tras de grandes rejas estaban los cambistas, con una moneda de oro pendiente de la oreja, entre las melenas sórdidas, trocando el dinero sacerdotal del Templo por las monedas paganas de todas las religiones, de todas las edades, desde las macizas rodellas del viejo Lacio, más pesadas que broqueles, hasta los ladrillos labrados que circulaban en las ferias de Asiria. Más allá brillaba la frescura y abundancia de un pomar; las manzanas romanas, reventando de maduras, colgaban de las ramas. Hortelanos con un ramo de mirto, preso en el turbante, pregonaban guirnaldas de anémonas ó hierbas amargas de Pascua; jarros de leche pura brillaban colocados sobre sacos de lentejas; y los cor-